



Proyecto Sofía-ensayos de filosofía

Ateneo Pontificio Regina Apostolorum & Autores católicos.org & Equipo de prensa y redacción Gama-virtudes y valores

equipogama@arcol.org

EL PROBLEMA DEL MAL EN S. AGUSTÍN

TEOLOGÍA NATURAL

Héctor Castro Díez, LC

Análisis de la doctrina agustiniana sobre el problema del mal. Naturaleza y origen de los diversos tipos de mal. ¿Es Dios creador del mal? ¿Es responsable? ¿Por qué lo permite?

INTRODUCCIÓN

El siglo XX ha sido testigo de acontecimientos históricos que han marcado un cambio decisivo en la situación política y social de muchas naciones, con gran incidencia en la vida de los ciudadanos. Han transcurrido poco más de sesenta años de la guerra que, de 1939 a 1945, involucró al mundo en una tragedia de destrucción y muerte. En los años sucesivos, la dictadura comunista se extendió a diversas naciones de Europa centro oriental, mientras que la ideología marxista se propagaba por África, Latinoamérica y Asia.

Además el paso al siglo XXI se ha visto trágicamente afectado por la plaga del terrorismo a escala mundial: la destrucción de las Torres Gemelas en Nueva York ha sido su manifestación más impresionante. Las guerras aún no han cesado, millones de seres humanos viven bajo el umbral de la pobreza sufriendo el hambre, la desnudez, las enfermedades...

La historia de la humanidad es una trama de la coexistencia entre el bien y el mal. A pesar del bien que reina sobre la tierra, de los organismos internacionales que han asumido la tarea de salvaguardar la paz entre los pueblos, comprometiéndose a proteger los derechos de cada persona y a una distribución equitativa de los recursos, el mal que existe en nuestros días nos golpea. La realidad del mal, del sufrimiento e, incluso, de las catástrofes naturales, suscitan en el hombre de hoy las preguntas fundamentales. ¿De dónde viene el mal? ¿Por qué existe el mal si Dios es bueno y lo ha creado todo? Si Dios nos ha creado para ser felices ¿por qué sufren los pueblos el hambre, la violencia, las injusticias?

Nadie puede negar que el mal abunde en el mundo. Pero, en el fondo, este mal ¿es realmente un mal?

El hombre, a lo largo de la historia, ha intentado encontrar una respuesta satisfactoria ante los interrogantes sobre la proveniencia y el sentido del mal. De este

modo, ante la difícil explicación de la existencia del mal en el mundo, sea físico o moral, ha surgido el concepto filosófico del «problema del mal».

Los hombres y mujeres, ante la evidencia del mal, siguen buscando el origen y el por qué de este mal. Son muchos los filósofos que han reflexionado y meditado en esta realidad, pero parece que el hombre sigue insatisfecho y la duda persiste. Por esto, nos enfrentamos ante un problema difícil de responder y ante el cual siempre quedará algo de misterio.

Siendo *Las Confesiones* la obra en la que San Agustín ha volcado toda su alma, sus sentimientos más íntimos, sus ambiciones más secretas, trataremos de afrontar el problema del mal basándonos en las confidencias y luces que el Santo Doctor nos manifiesta sobre este argumento.

I. GÉNESIS DEL PROBLEMA DEL MAL EN SAN AGUSTÍN

1. HECHO GENERAL

San Agustín, gran filósofo y teólogo, buscó apasionadamente conocer la realidad del alma y de Dios. No tuvo duda de la capacidad de demostrar racionalmente la existencia de Dios y propuso los argumentos del devenir y de la contingencia, que fueron una de las bases de la demostración racional de la existencia de Dios a través de las cinco vías de Santo Tomás.

Como hombre inquieto e insatisfecho, después de experimentar él mismo en propia carne la evidencia del mal y sus consecuencias, sintió la fuerte inquietud de encontrar una respuesta ante el problema del mal. Se afanó largamente en la investigación del mal hasta el punto de poderse afirmar que fue el primero en estudiar sistemáticamente, desde el punto de vista filosófico y teológico, el problema del mal. San Agustín se pregunta angustiosamente sobre el origen del mal. En su conocida obra *Las Confesiones* escribe:

He aquí a Dios y he aquí las cosas que ha creado Dios, y un Dios bueno, inmenso, infinitamente más excelente que sus criaturas; mas como bueno, hizo todas las cosas buenas; y ¡ved cómo las abraza y llena! Pero si esto es así, ¿Dónde está el mal y de dónde y por qué parte se ha colado en el mundo? ¿Cuál es su raíz y cuál su semilla? ¿Es que no existe en modo alguno?¹

«Buscaba el origen del mal sin éxito»². Ante estas consideraciones contemplamos en la vida de San Agustín cómo primero buscó sin descanso una teoría ya existente capaz de satisfacer a todas estas inquietudes relacionadas con la existencia del mal. El problema en San Agustín partía de una pregunta particular. Una vez que experimentó la existencia de Dios, llegó a la idea de un Dios ciertamente bueno y justo. Pero... si Él es bueno, ¿por qué tantos males en el mundo?

Perteneció en primer lugar a la secta de los Maniqueos que resolvían el problema del mal a la luz de la concepción dualística; la existencia de un principio del bien en lucha contra un principio del mal.

Leyendo a los neoplatónicos, se dio cuenta del error de los maniqueos y se orientó a considerar el mal como deficiencia, como no-ser, en vez de como una sustancia. No obstante, tampoco la doctrina neoplatónica le satisfizo del todo y por ello, San Agustín, dejando a un lado todas estas doctrinas que consideró inválidas, se introdujo en el estudio serio y personal del mal.

Consideraremos, por tanto, más profundamente, cada una de estas doctrinas para entender cuál era el error en relación al problema del mal y, por consiguiente, por qué San Agustín siguió adelante en la búsqueda de una respuesta definitiva.

2. MANIQUEÍSMO

¹ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, VII, 5, 7. Obras de San Agustín, BAC, tomo II, Madrid 1998, 9ª Edición.

² *Ibid.*, VII, 7, 11.

Dos sobre todo fueron los motivos que indujeron a Agustín a hacerse maniqueo. En primer lugar porque los maniqueos ostentaban un fuerte racionalismo y trataban de explicar todo con la fuerza de la razón. En segundo lugar porque los maniqueos parecían ofrecer una solución aparentemente simple al problema del mal.

El período maniqueo de San Agustín duró nueve años (373 – 382), un período que dejó en él marcas indelebles. La doctrina maniquea es claramente gnóstica. Se funda en la aspiración hacia el más allá y tiene una fuerte tendencia a la fuga de este mundo. El alma se encuentra encerrada en el cuerpo, de manera que no puede alcanzar la «gnosis», es decir, el conocimiento divino. Por ello, el alma aspira a separarse del cuerpo.

Respecto al problema del mal San Agustín toma conciencia del mal como una enorme potencia. La materia se transforma para él en un representante extremadamente violento del principio del mal. Intenta profundizar en el problema de manera irreprochable y crea así dificultades a más de algún maniqueo.

Para Manes el mal existe como un segundo principio divino. De este modo, habría que admitir la existencia de un «segundo Dios», que es el dios del mal.

De aquí nacía también mi creencia de que la sustancia del mal era propiamente corpórea y de que era una mole negra y deforme; ya crasa, a la que llaman tierra, ya tenue y sutil, como el cuerpo del aire, la cual imaginan como una mente maligna que raptaba sobre la tierra. Y como la piedad, por poca que fuese, me obligaba a creer que un Dios bueno no podía crear naturaleza alguna mala, las imaginaba como dos moles entre sí, contrarias, ambas infinitas, aunque menor la mala y mayor la buena³.

Sin embargo, de esta concepción surge en San Agustín una pregunta ontológica: ¿Puede la materia ser en sí misma realmente mala? Para él esta es una pregunta realmente dramática. Por un lado él creía en el sentido bíblico de una creación buena de Dios. Por otro lado el dualismo se había impreso fuertemente en él. Buscó unas

³ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, V, 10, 20.

soluciones convincentes y coherentes y descubrió la posibilidad de pensar a Dios de otro modo.

Ya convertido, San Agustín llega a la conclusión de que el mal no es un principio metafísico, ni una fatalidad que la conciencia tiene que asumir. Desilusionado por la falta de coherencia del Maniqueísmo, San Agustín llegó a aborrecer y a odiar esta secta.

Perezcan a tu presencia, ¡oh Dios!, como realmente perecen los vanos habladores y seductores de inteligencias, quienes, advirtiendo en la deliberación dos voluntades, afirman haber dos naturalezas, correspondientes a dos mentes, una buena y otra mala. Verdaderamente los malos son ellos contando tales maldades⁴.

No obstante, y a pesar del odio que profesó hacia los maniqueos, la doctrina dualística quedó de algún modo impresa en él. Esto queda patente en *La Ciudad de Dios*. En esta obra, además de su carácter apologético, nos demuestra su confianza en el triunfo final del bien sobre el mal.

El ulterior contacto con la filosofía neoplatónica le será de gran utilidad en su camino de investigación y de esclarecimiento del problema del mal.

3. NEOPLATONISMO

El sistema de Plotino sigue una ontología jerárquica que piensa a partir de lo alto. El punto de partida de todo ser es Dios. Dios es inefable y por ello, en términos de Platón, es el Uno. Este Uno emana en el acto de una pura contemplación del Espíritu (nous) que todo lo crea, y el Espíritu emana a su vez el Alma del mundo (psychè) que todo lo gobierna. El alma del mundo desciende al mundo efímero y emana de sí todos los seres corpóreos. En esta jerarquía del ser la materia constituye un escalón más bajo, es el Último.

⁴ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, VIII, 10, 22.

La materia es para el alma causa de debilidad y causa de maldad. Ya mala en procedencia, esta es el primer Mal y de hecho, cuando el alma se aúna a la materia y se hace mala, la causa de su maldad es siempre la materia, con su simple presencia⁵.

El progreso de Plotino consistía en el hecho que delineaba una visión unitaria del mundo. La doctrina del Uno se veía más convincente que el dualismo, pues el Santo Doctor no podía entender la contradicción entre dos principios contrapuestos como son el bien y el mal. Para San Agustín todo el mundo de la representación de lo existente y de la nada cambió completamente. La concepción neoplatónica le ayudó a superar así la distinción maniquea entre un principio bueno y un principio malo. Así da un paso adelante y llega a la conclusión de que todo ser existente, por el hecho de ser, es bueno. Como el mal no puede existir en el reino del bien, viene descrito como la nada. El mal, según la doctrina neoplatónica, equivaldría a la materia increada.

No obstante, rechaza la tesis de Plotino porque, desde su punto de vista, no es una solución, sino sólo un alivio para un Dios no creador. Para Agustín, convencido de la existencia racional de Dios creador, esta hipótesis de una materia increada y responsable del mal es absurda e ilógica. No puede existir una materia increada, porque si es materia, existe y si existe, es creada. El principio de la materia como mal es una escapatoria: si la materia existe, también esta es obra del Creador «El padre del cual derivan todas las cosas es causa por la cual nosotros existimos»⁶. Y si la materia es obra de Dios, también es buena. Precisamente en esto se engañaba Plotino. La materia no es principio del mal, y por ello, San Agustín llegó a la resolución de que debía buscar la causa del mal en otro lugar que no fuera la materia, ni lo corpóreo.

II. NÚCLEO DE LA DOCTRINA AGUSTINIANA DEL MAL: EL MAL COMO PRIVACIÓN DEL BIEN

1. NATURALEZA DEL MAL

⁵ PLOTINO, *Eneadas*, I, 8, 14. Rusconi, Milano 1992. A cura di Giuseppe Faggini. Traducción personal al español.

⁶ 1, Cor., 8, 6.

San Agustín tuvo que seguir indagando. Partía de la certeza de un Dios bueno, que hace todo de la nada, que da el ser y la existencia a la naturaleza. Se pregunta entonces: ¿Cómo explicar la presencia del mal en un universo creado por Dios? Si Dios existe y es creador, ¿de dónde viene el mal? «Buscaba lleno de ardor de dónde venía el mal. Y ¡qué tormentos de parto eran aquellos de mi corazón!, ¡qué gemidos, Dios mío!»⁷.

La doctrina de Plotino, además de ayudar a San Agustín a superar la cuestión de la dualidad maniquea, le encaminó a la formulación de su propia doctrina. Sobre el fondo de la doctrina platónica, San Agustín puede finalmente adoptar una fórmula que ya escuchó antes de su maestro Ambrosio: el mal no es sino la «falta de un bien». Por tanto, en términos filosóficos, el mal no tiene ninguna sustancia. «El mal no es una sustancia, porque si fuera una sustancia, sería bueno»⁸. «Ninguna naturaleza es un mal, no siendo este nombre sino la privación del bien»⁹.

El mal no es una sustancia, sino una privación. Es privación de un bien debido, del mismo modo como la ceguera es para el hombre la privación de ver. Por lo tanto, si el mal es la privación del bien, no se puede pensar en un mal sin la relación con un bien. El mal existe en el bien y sólo tiene sentido en relación con un bien al que le falta la propia perfección. Este mal no tiene subsistencia propia y, por consiguiente, reside en algo bueno.

La definición del mal ha sido sacada a la luz plenamente por San Agustín: El mal no es sino la privación de un bien. «El mal no es sino la privación del bien»¹⁰.

Se me dio a entender que son buenas las cosas que se corrompen, las cuales no podrían corromperse si fuesen sumamente buenas; porque si fuesen sumamente buenas, serían incorruptibles, y si no fuesen buenas, no habría en ellas qué corromperse. Porque la corrupción daña, y no podría dañar si no disminuyese lo bueno. Luego, o la corrupción no daña nada, lo que es posible, o lo que es

⁷ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, VII, 7, 11.

⁸ *Ibid.*, VII, 12, 18.

⁹ SAN AGUSTÍN, *La ciudad de Dios*, XI, 22. Obras de San Agustín, BAC, tomos XVI y XVII, Madrid 2000, 5ª Edición.

¹⁰ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, III, 7, 12.

certísimo, todas las cosas que se corrompen son privadas de algún bien. Por donde si fueren privadas de todo bien, no existirían absolutamente (...) Luego en tanto que son, en tanto que son buenas. Luego cualesquiera que ellas sean, son buenas, y el mal cuyo origen buscaba no es sustancia alguna, porque si fuera sustancia sería un bien (...) Así vi yo y me quedó manifestado que tú eras el autor de todos los bienes y que no hay en absoluto sustancia alguna que no haya sido creada por ti¹¹.

San Agustín no niega la realidad de la existencia del mal. Llega a la conclusión de que el mal no es una sustancia, pero no por esto es inexistente. Con la definición del mal como privación aporta al cristianismo y a la filosofía una gran riqueza. Esta definición representa el conocimiento más delicado del problema del mal, sea en el plano metafísico o en el teológico. Reconoce en el mal toda su extensión y dominio, pero, al mismo tiempo, pone al desnudo su miseria ontológica demostrando que el mal en sí no puede subsistir y que, por ello, necesita del bien. El mal existe, pero sin sustancia.

La definición del mal como privación del bien ha prevalecido a lo largo de la historia y desarrolla un papel importante hasta nuestros días. Esta definición ha hecho posible la armonización ontológica con la convicción bíblica según la cual todas las cosas creadas serían muy buenas¹². Santo Tomás acogió de lleno esta doctrina hasta el punto de escribir:

Boecio, por ejemplo, nos habla de un filósofo que preguntaba: «Si Dios existe, ¿De dónde procede el mal?» (*Sobre la consolación de la filosofía*, libro 1, 4). Más bien habría que argüir lo contrario: Si se da el mal, Dios existe. Pues el mal no existiría si se suprimiese el orden del bien, cuya privación es el mal; y tal orden no existiría sin Dios¹³.

2. ORIGEN DEL MAL

Ahora bien, descubierta la verdadera naturaleza del mal era necesario investigar más a fondo sobre el origen. Aún quedaba por esclarecer el verdadero origen del mal.

¹¹ *Ibid.*, VII, 12.

¹² Génesis 1, 13.

¹³ TOMÁS DE AQUINO, *Suma contra los gentiles*, III, 71. Editorial Porrúa, México 1977. Traducido por Carlos Ignacio González, SI.

Si existe el mal, ¿de dónde viene? «¿De dónde, pues, procede el mal, puesto que Dios, bueno, hizo todas las cosas buenas: el Mayor y Sumo bien, los bienes menores; pero Criador y criaturas, todos son buenos? ¿De dónde viene el mal?»¹⁴.

Agustín argumenta que Dios no crea el mal porque el mal no es creable. Si el mal es no-ser o privación del ser, no puede ser objeto de un acto creativo de Dios, el cual, cuando crea, da siempre un ser. Entonces, el ser es siempre un bien. Así Dios es autor del bien y no del mal. «Él es la causa misma del ser. Es causa solamente del bien, y por esto, es el bien supremo. No es autor del mal quien es autor de todas las cosas que son, porque en tanto son buenas en cuanto que son»¹⁵. «Nuestro Dios hizo todas las cosas buenas en extremo»¹⁶.

Por tanto, Dios es principio del bien, su acción tiende al bien, al ser. Dios no es la causa del mal porque entonces su acción llevaría a la destrucción y no se puede sostener que Dios haya creado el mundo para destruirlo.

San Agustín descubrió que el mal era una privación de un bien y que este mal no podía venir de Dios. Dios permite el mal pero no lo crea. Surge, pues, una nueva pregunta: ¿Por qué Dios permite el mal?

De nuevo, la respuesta a esta cuestión la descubrió San Agustín y la encontramos formulada en su *Enchiridion*:

El Dios todopoderoso, a quien, como lo reconocen los mismos infieles, pertenece el dominio soberano de todas las cosas, porque es sumamente bueno, no toleraría jamás la existencia de algún mal en sus obras si su omnipotencia y su bondad no fueran capaces de sacar el bien hasta del mal¹⁷.

La visión del santo de Hipona es adoptada por Santo Tomás al inicio de la *Summa theologica*: «Pertenece a la infinita bondad de Dios permitir que haya males, y

¹⁴ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, VII, 5.

¹⁵ SAN AGUSTÍN, *83 Cuestiones Diversas*, XXI. Obras de San Agustín, BAC, tomo XL, Madrid 1995.

¹⁶ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, VII, 12.

¹⁷ SAN AGUSTÍN, *Enquiridión*, XI.

sacar bienes de ellos»¹⁸. Así pues, la respuesta que introduce San Agustín, es que Dios sólo puede permitir el mal para ordenarlo a un bien mayor. Si Dios no ordenase el mal a un bien mayor, o bien conservaría el poder del mundo y sería un Dios perverso, o bien dejaría de controlar el mundo y no sería omnipotente.

Finalmente San Agustín encontró el verdadero origen del mal: si el mal no viene ni de un Principio del mal, ni de Dios, entonces viene de la misma criatura.

III. TIPOLOGÍAS DE MAL EN SAN AGUSTÍN

Para responder al origen del mal en las criaturas, hay que distinguir entre mal físico y mal moral. Son dos males diversos y cuyo origen se explica de diverso modo. Por esto, al afrontar el problema del mal, San Agustín dio una respuesta separada a cada uno de estos dos tipos de males.

En cuanto al mal físico se refería a aquellos males que golpean la integridad física y sensible del hombre, como son las enfermedades, los sufrimientos, la muerte. Por contra, los males espirituales son aquellos que atentan al espíritu en su orden al bien, a la verdad, a la justicia, a Dios.

1. EL MAL FÍSICO

1.1 El mal físico en general

¿De dónde vienen los males físicos? La raíz de los males físicos está en la debilidad e imperfección de la criatura, sujeta a cambios y a mutaciones que pueden llegar a la destrucción total o a la muerte. De este modo, la causa de los males físicos es la naturaleza misma.

El mal es útil al orden. Todo ser creado es bueno, pero el conjunto es aún mejor. La creación es buena y bella en su diversidad y en su orden. Lo que para un particular

¹⁸ TOMÁS DE AQUINO, *Suma teológica*, I q. 2, a. 3. BAC, tomo I, Madrid 1988.

puede parecer un mal, en realidad es un bien que favorece la armonía del conjunto de la naturaleza. En la perspectiva de la totalidad de la creación, el mal físico no es un mal en sentido propio, sino la consecuencia de la multiplicidad, de la composición. Ciertos eventos vienen juzgados como malos si no se tiene en cuenta el orden del conjunto del universo.

Es más, todos los seres son buenos porque vienen de un Dios bueno. Pero son sustancias inferiores a ese Ser del cual proceden, por lo que están expuestas a la corrupción (privación de bien). Si estas criaturas no fueran imperfectas, serían Dios y Dios sólo hay uno, que es el Creador.

Y, ciertamente para ti, Señor, no existe absolutamente el mal; y no sólo para ti, pero ni aun para la universalidad de tu creación, porque nada hay de fuera que irrumpa y corrompa el orden que tú le impusiste. Mas en cuanto a sus partes, hay algunas cosas tenidas por malas porque no convierten a otras; pero como estas mismas convierten a otras, son asimismo buenas; y ciertamente en orden a sí son buenas¹⁹.

El «mal físico» por fuerza tiene que existir porque toda criatura es imperfecta respecto del Creador. Al ser imperfecta, la criatura está sujeta a cambios y mutaciones, tendiendo así a la perfección y favoreciendo la armonía de la naturaleza.

1.2 El mal físico en el hombre: el dolor

Si Dios es omnipotente y bueno, ¿Por qué permite que sus criaturas más amadas padezcan los sufrimientos?

El dolor pertenece a las criaturas sensibles como consecuencia de su naturaleza. Se encuentra en una naturaleza buena y que aspira a su perfección. Nos advierte de una tribulación del orden físico que debe ser restablecido. Esta existencia es providencial para la conservación de la vida. Por el dolor el hombre es impulsado a vencer el sufrimiento. En este caso, el dolor es un «mal» que nos lleva a un bien mayor, la salud.

¹⁹ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, VII, 13, 19.

«Hieres para sanar»²⁰. Para San Agustín, el dolor es una muestra de cómo Dios obtiene un bien de un aparente mal.

Es cierto que San Agustín aceptó la debilidad filosófica para entender cómo Dios saca un bien de un mal en algunas «situaciones límite»²¹. A veces esta verdad es obvia e inteligible, pero en otras ocasiones no es así. No siempre podemos encontrar una respuesta lógica al modo como Dios actúa. Por ello, encontrándonos ante un misterio, la respuesta satisfactoria y última sólo se encuentra a través de la fe. Si Dios es amor, estamos seguros de que emplea toda su fuerza omnipotente para hacer que el mal se convierta en un bien. El sufrimiento y la muerte de Cristo están más allá de la pura razón. Sin embargo, nos revela que para los hombres, el sufrimiento y la muerte, son instrumento de salvación.

No obstante, el sufrimiento y la muerte son frutos del pecado, de las malas acciones de los hombres. Por ello, San Agustín afirma que el verdadero y único mal es el pecado, que trae las consecuencias del mal en el mundo. El sufrimiento es de ámbito espiritual y nos informa de una ausencia, una privación, sea física o moral. Así pues, el dolor y el sufrimiento no son considerados formas de mal por ser fuentes de conocimiento y de toma de conciencia de un desorden, de una privación.

2. EL MAL MORAL

Si Dios puede permitir el mal físico para sacar un bien mayor para el hombre, no puede, sin embargo, querer o permitir el mal del espíritu. El mal espiritual o moral no puede provenir de un principio malvado, como atestiguaban los maniqueos, ya que el mal existe en cuanto que existe previamente el bien.

20 SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, II, 3, 4.

21 «Situaciones límite» (Grenzsituationen) es el término que propuso el filósofo y psicólogo Kart Jasper para referirse a las situaciones a las que la filosofía no puede ofrecer una explicación adecuada y cuya única vía de salida la da la fe religiosa.

En realidad, la causa y el origen del mal moral es el hombre mismo, su voluntad malvada. «La mala voluntad es la causa de todos los males»²². «Indagué qué cosa era la iniquidad, y no hallé que fuera sustancia, sino la perversidad de una voluntad que se aparta de la suma sustancia, que eres tú, ¡oh Dios!, y se inclina a las cosas ínfimas»²³. San Agustín llega, por tanto, a descubrir la esencia de toda maldad. Esta maldad no viene sino de una perversa voluntad que se aparta de Dios. Una maldad que no puede venir sino de una criatura que posee la facultad de la libertad, porque la esencia de toda criatura libre incluye la posibilidad de adherirse o no al querer de Dios.

El verdadero y único mal es el mal moral, cuyo responsable es el hombre. Para San Agustín el mal moral equivale al pecado, que es causado por el hombre y sus consecuencias atormentan al hombre. El pecado es el rechazo del amor de Dios y de su plan de amor para el hombre.

San Agustín concluye aduciendo que el origen del verdadero mal se debe al mal uso de la libertad humana. «Dios dotó a la criatura racional de un libre albedrío con tales características que, si quería, podía abandonar a Dios, es decir, su felicidad, cayendo entonces en la desgracia»²⁴. Dios no es responsable de los actos malos de los hombres. Es el mismo hombre quien, con su libertad, es responsable de sus actos malvados. Con su libre albedrío el hombre peca al elegir un bien inferior en vez de elegir el Bien supremo. De este modo, todo mal que se encuentra en el hombre encuentra su explicación en el mismo hombre.

La concepción que San Agustín tenía de la libertad quedó particularmente formulada en su obra *De libero arbitrio*. Se puede resumir bajo tres puntos de vista:

- Dios nos ha dado la facultad de la libertad. El hombre, como consecuencia, puede decidirse contra Dios. Encuentra una doble alternativa: o el amor a Dios o el amor a sí mismo. Esta es la alternativa que decide el bien o el mal.

²² SAN AGUSTÍN, *Sobre el libre albedrío*, III, 17, 48.

²³ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, VII, 16, 22.

²⁴ SAN AGUSTÍN, *La ciudad de Dios*, XXII, 1, 2.

- Nosotros vivimos en el mundo. Por eso, a la alternativa interior entre el amor a Dios o el amor a sí mismo, el hombre debe responder a una alternativa exterior, o el amor a Dios o el amor al mundo. Si el hombre no ama a Dios, se ama a si mismo o ama otras cosas.

- El hombre ve dos voluntades enfrentadas entre sí y ese desacuerdo lacera el alma. «Las dos voluntades mías, la vieja y la nueva, la carnal y la espiritual, luchaban entre sí y discordando destrozaban mi alma»²⁵. Por un lado el hombre se siente inclinado a los placeres y a las cosas y por otro lado siente la necesidad de acercarse a Dios. Somos individuos que debemos decidir por nosotros mismos.

El mal moral proviene de una mala elección. De hecho, el mal moral no consiste en considerar un objeto malo en sí. No se desea el mal por el mal, sino en cuanto se espera un bien. El hombre escoge en el pecado algo que considera que es un bien y que da felicidad y, sin embargo, sólo encuentra miseria y sufrimiento. De este modo, se invierte el orden de los fines. Pero si se invierte el orden de los fines, esto no quiere decir que se quite el orden. El hombre con el pecado busca un orden erróneo. Despreciando a Dios, los bienes que Él le ha dado para ser feliz, pierden su orden y se transforman para el hombre en causa de suplicio. Pero es el mismo hombre quien se separa Dios.

Ponía atención en comprender lo que había oído de que el libre albedrío de la voluntad es la causa del mal que hacemos, y tu recto juicio, del que padecemos; pero no podía verlo con claridad. (...) Pero de nuevo me decía: ¿Quién me ha hecho a mí? ¿Acaso no ha sido Dios, que no sólo es bueno, sino la misma bondad? ¿De donde, pues, me ha venido el querer el mal y no querer el bien?²⁶

Con estas reflexiones San Agustín se pregunta si no es Dios, en parte, responsable del mal que los hombres hacen. ¿Por qué Dios ha dado al hombre una libertad falible? De nuevo el Santo de Hipona encuentra la respuesta refiriéndose a la corruptibilidad y mutabilidad de las sustancias. El hombre es creado de la nada y, al igual que todas las sustancias a excepción de Dios, es corruptible, es imperfecto.

²⁵ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, VIII, 5, 10.

²⁶ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, VII, 3, 5.

Debido a esta mutabilidad el hombre puede fallar. El mal del hombre es una privación de un bien que está en cambio por lo que, en conclusión, el hombre es falible por su naturaleza. Si el hombre no tuviese la posibilidad de pecar, sería un ser imposible porque sería inmutable y esto es imposible; el único ser inmutable es Dios.

En resumen, San Agustín descubre que el hombre es el autor del mal que encuentra y padece. Este mal proviene de un mal uso de su libertad, que es la causa del pecado. Dios, a pesar de ser infinitamente bueno, sólo se puede limitar a permitir este mal porque, si Dios no permitiese el mal, estaría atentando contra la libertad del hombre. Si Dios privase al hombre de su libertad, que es lo que hace que sea imagen y semejanza del Creador, se contradeciría a sí mismo y, por consiguiente, dejaría de ser Dios.

No obstante, Dios manda a su Hijo al mundo para liberarnos de la esclavitud del pecado. El pecado se transforma así en causa de un bien mayor: la redención del hombre por parte del Hijo de Dios. «Al mundo vino a salvar a los pecadores»²⁷. «De semejante vida, tan infernal, tan miserable, sólo puede librarnos la gracia de Cristo Salvador, Dios y Señor nuestro»²⁸.

CONCLUSIÓN

El problema del mal fue una constante a lo largo de toda la vida de San Agustín. Su doctrina sobre el mal es el resultado de un largo estudio y reflexión y quedó reflejada en sus principales obras como *Las Confesiones*, *La Ciudad de Dios*, *Sobre el libre albedrío*, *La naturaleza del bien*, y otros escritos más de carácter apologético.

Se puede decir que San Agustín, insatisfecho de la incoherente filosofía maniquea y neoplatónica sobre el problema del mal, inició una búsqueda sólida sin precedentes. Tanto es así que llegó a fundar las bases de la auténtica respuesta al

²⁷ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, XIV, 12, 19.

²⁸ SAN AGUSTÍN, *La Ciudad de Dios*, XXII, 22, 4.

problema del mal en el mundo. Logró dar una definición acertada del mal y responder con solidez al origen de dicho mal.

San Agustín fue el primero en afirmar que el mal no era una sustancia, sino la privación de un bien, ya que donde no hay bien no puede haber mal, del mismo modo que si no hay luz no puede haber tinieblas. Definió el mal como la privación del bien, puesto que un mal no se concibe sin antes la existencia del bien y fue él quien descubrió que el mal no podía venir del mismo Dios al ser sumamente Bueno y creador de todas las cosas buenas, sino que era el mismo hombre el responsable del mal existente.

Llegó a la conclusión que, en realidad, el mal que reina sobre la tierra viene del mismo hombre, el cual, con un mal uso de su libertad, puede oponerse a Dios y pecar. Para dar una respuesta más acertada, dividió el mal en dos grandes grupos: físico y moral. Respecto al mal físico argumentó que en realidad éste no era un verdadero mal pues favorecía el orden del conjunto, es decir, de la naturaleza. Por lo tanto, el único mal, era el moral, el pecado.

Sin embargo, San Agustín tuvo que admitir los límites de la filosofía ante el problema del mal. Sabía con evidencia que, siendo Dios bueno y omnipotente, era capaz de transformar el sufrimiento, el dolor, el pecado, en bienes mayores. Dios saca de un mal un bien mayor. Pero en algunas situaciones como la muerte ¿Cómo se explica que Dios pueda sacar de un mal un bien mayor? Es aquí en donde San Agustín, conocedor del amor de Dios, da paso a la fe, que es capaz de encontrar el último y más profundo sentido al problema del mal. Nos pone como modelo a Jesucristo, el cual escogió como camino de redención el dolor y la muerte, revelándonos así el valor redentor del sufrimiento.

Estas aportaciones de San Agustín fueron sumamente influyentes durante los siglos posteriores. Tan influyente fue que, siglos después, la doctrina de Santo Tomás será un fiel reflejo de la luz descubierta por el santo de Hipona, permaneciendo intacta durante toda la etapa de la Escolástica.

BIBLIOGRAFÍA

AGUSTÍN DE HIPONA, *Confessiones*, Obras de San Agustín, BAC, tomo II, Madrid 1998, 9ª Edición.

AGUSTÍN DE HIPONA, *De libero arbitrio*, Obras de San Agustín, BAC, tomo III, Madrid 1971, 4ª Edición.

AGUSTÍN DE HIPONA, *Enchiridion*, Obras de San Agustín, BAC, tomo IV, Madrid 1961.

AGUSTÍN DE HIPONA, *De Civitate Dei*, Obras de San Agustín, BAC, tomos XVI y XVII, Madrid 2000, 5ª Edición.

AGUSTÍN DE HIPONA, *83 diversae questioni*, Obras de San Agustín, BAC, tomo XL, Madrid 1995.

JOURNET, C., *Il male*, Edizioni Borla, Roma 1993. 3ª Edizione. Traduzione italiana di B. Massara.

PLOTINO, *Enneadi*, Rusconi, Milano 1992. A cura di Giuseppe Faggin.

TOMÁS DE AQUINO, *Summa contra gentili*, Editorial Porrúa, México 1977.
Traducido por Carlos Ignacio González, SI.

TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologica*, BAC, tomo I, Madrid 1988.